

ida

Por Rodrigo Fresán

Otro año de **Verano/12** y esta vez la cosa viene de letra y viaje. Todos a bordo, subir al tren, ajustarse el cinturón, cerrar la puerta del auto o, simplemente, abrir un libro. Porque cuando leemos también viajamos y –quién sabe– por eso esa extraña costumbre de reservarse libros para las vacaciones y sobreimprimir la travesía de una ficción sobre la no-ficción de nuestro viaje y recuperar así *nuestra primera y ancestral condición nómade.*

Sí, hubo un tiempo en que la patria era el planeta y no había nada más inútil que esos caprichosos colores con los que se tatúa a los países en mapas siempre un poco mentirosos.

Por eso es durante el viaje cuando el ser humano recupera parte de su esencia aventurera y sus ganas de sumergirse en lo desconocido sin estar del todo seguro de si alguna vez volverá a salir a flote. Viajamos, sí, para olvidarnos de nuestro hogar y de nuestras pertenencias. Viajamos para ser *otros* y, quién sabe, para ser mejores. Viajamos para aprender –al menos por unos días– todo lo que no somos y podríamos llegar a ser. Cuando viajamos nos ponemos un disfraz y, detrás de esa máscara, paradójicamente, acabamos reconociéndonos mejor que nunca. De ahí esas súbitas iluminaciones –epifanías o satoris– que experimentamos al cruzar un puente o un ala remota de un museo o una mirada con alguien que, de improviso, cómo es posible...

Lo del principio: hay muchas maneras de viajar y una de las mejores –por económica, segura, nutritiva– es viajar leyendo. Si es cierto aquello de que "viajando se conoce gente" (lo que no tiene por qué ser necesariamente bueno o agradable), entonces leyendo se conocen mundos enteros y de la mejor manera posible: sin gastos excesivos, sin jet-lag, sin pasajero molesto en el asiento de al lado, sin ninguna de esas enfermedades exóticas o con doble apellido que suelen atacar por la espalda al turista siempre indefenso y, admitámoslo: es incómodo leer en movimiento.

Lo que no impide que arranquemos con los preparativos para el viaje de la que acaso sea la más grande novela cinético-turística de la historia. En *La vuelta al mundo en 80 días*, el francés Julio Verne –1828-1905 y cuya literatura puede resumirse como "de odisea y progreso"– no sólo propuso una divertida aventura sino que, además, advirtió sobre el fin de la travesía romántica y lenta. En este libro de 1873, Verne –habiendo viajado al centro de la tierra y al fondo del mar– plantó en el imaginario del hombre dos ideas terribles e inevitables a partir de la saga planetaria de Phileas Fogg y su criado Passepartout: el tour relámpago como forma de disciplina cuasi olímpica (quién reúne más postales en menos tiempo) y el principio del fin de un misterio de un mundo que ya empezaba a resultar pequeño o –por lo menos– abarcable. Salimos.

La vuelta al mundo en

"Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que yo doy la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, sean mil novecientas veinte horas, o ciento quince mil doscientos minutos, ¿aceptáis?"

Por Julio Verne

Phileas Fogg había dejado su casa de Saville-Row a las once y media, y después de haber colocado quinientas setenta y cinco veces el pie derecho delante del izquierdo y quinientas setenta y seis veces el izquierdo delante del derecho, llegó al Reform-Club, vasto edificio levantado en Pall-Mall, cuyo coste de construcción no ha bajado de tres millones.

Phileas Fogg pasó inmediatamente al comedor, con sus nueve ventanas que daban a un jardín con árboles ya dorados por el otoño. Tomó asiento en la mesa de costumbre puesta ya para él. Su almuerzo se componía de un entremés, un pescado cocido sazonado por una "readins sauce" de primera elección, un "rosbif" escarlata de una torta rellena con tallos de ruibarbo y grosellas verdes, y de un pedazo de Chéster, rociado todo por algunas tazas de ese excelente té, que especialmente se cosecha para el servicio de Reform-Club.

A las doce y cuarenta y siete de la mañana, este gentlemen se levantó y se dirigió al gran salón, suntuoso aposento, adornado con pinturas colocadas en lujosos marcos. Allí un criado le entregó el "Times" con las hojas sin cortar, y Phileas Fogg se dedicó a desplegarlo con una seguridad tal, que denotaba desde luego la práctica más extremada en esta difícil operación. La lectura del periódico ocupó a Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco, y la del "Standard", que sucedió a aquél, duró hasta la hora de la comida, que se llevó a efecto en iguales condiciones que el almuerzo, si bien con la añadidura de "royal british sauce".

Media hora más tarde, varios miembros del Reform-Club iban entrando y se acercaban a la chimenea encendida con carbón de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de mister Phileas Fogg, decididamente aficionados al whist como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Falientin, el fabricante de cervezas Tomás Flanagan y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra, personajes ricos y considerados en aquel mismo club, que cuenta entre sus miembros las mayores notabilidades de la industria y de la banca.

–Decidme, Ralph –preguntó Tomás Flanagan–, ¿a qué altura se encuentra ese robo?

–Pues bien –respondió Andrés Stuart–, el Banco perderá su dinero.

–Al contrario –dijo Gualterio Ralph–, espero que se logrará echar mano al autor del robo. Se han enviado inspectores de policía de los más hábiles a todos los principales puertos de embarque y desembarque de América y Europa, y le será muy difícil a ese caballero poder escapar.

–Pero qué, ¿se conoce la filiación del ladrón? –preguntó Andrés Stuart.

–Ante todo, no es un ladrón –río Ralph con la mayor formalidad.

–Cómo, ¿no es un ladrón el individuo que sustrajo cincuenta y cinco mil libras en billetes de banco?

–No –respondió Gualterio Ralph.

–¿Es acaso un industrial? –dijo John Sullivan.

–El "Morning Chronicle" asegura que es un gentlemen.

El que daba esta respuesta, no era otro que Phileas Fogg, cuya cabeza descollaba entonces entre aquel mar de papel amontonado a su alrededor. Al mismo tiempo, Phileas Fogg saludó a sus compañeros, que le devolvieron la cortesía.

El suceso de que se trataba, y sobre el cual los diferentes periódicos del Reino Unido discutían acaloradamente, se había realizado tres días antes, el 29 de septiembre. Un legajo de billetes de banco que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras, había sido sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

A los que se admiraban de que un robo tan considerable hubiera podido realizarse con esa facilidad, el subgobernador Gualterio Ralph se limitaba a responder que en aquel mismo momento el cajero se ocupaba en el asiento de una entrada de tres chelines seis peniques, y que no se puede atender a todo.

Pero conviene hacer observar aquí –y esto da más fácil explicación al hecho– que el Banco de Inglaterra parece que se desvíe por demostrar al público la alta idea que tiene de su dignidad. Ni hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata, los billetes, están expuestos libremente, y, por decirlo así, a disposición del primero que llegue. En efecto, sería indigno sospechar en lo mínimo acerca de la caballerosidad de cualquier transeúnte. Tanto es así, que hasta se llega a referir el siguiente hecho por uno de los más notables observadores de las costumbres inglesas: En una de las salas del Banco en que se encontraba un día, tuvo curiosidad por ver de cerca una barra de oro de siete a ocho libras de peso que se encontraba expuesta en la mesa del cajero; para satisfacer aquel deseo, tomó la barra, la examinó, se la dio a su vecino, éste a otro, y así, pasando de mano en mano, la barra llegó hasta el final de un pasillo oscuro, tardando media hora en volver a su sitio primitivo, sin que durante este tiempo el cajero hubiera levantado siquiera la cabeza.

Sin embargo, el 29 de septiembre las cosas no sucedieron completamente del mismo modo. El legajo de billetes de banco no volvió, y cuando el magnífico reloj colocado encima del "drawing office" dio las cinco, la hora en que debía cerrarse el despacho, el Banco de Inglaterra no tenía más que recursos que asentar cincuenta y cinco mil libras en la cuenta de ganancias y de pérdidas.

Una vez reconocido el robo con toda formalidad, agentes "detectives" elegidos entre los más hábiles, fueron enviados a las puertos principales, a Liverpool a Glasgow, a Brindisi, a Nueva York, etc., bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que se recobrase. La misión de estos inspectores se reducía a observar escrupulosamente a todos los viajeros que se iban o que llegaban, hasta adquirir las noticias que pudieran suministrar las indagaciones inmediatamente emprendidas.

Y precisamente, según lo decía el "Morning Chronicle", había motivos para suponer que el autor del robo no formaba parte de ninguna de las sociedades de ladrones de Inglaterra. Se había observado que durante aquel día, 29 de septiembre, se paseaba por la sala de pagos, teatro del robo, un caballero bien portado, de buenos modales y aire distinguido. Las indagaciones habían permitido reunir con bastante exactitud las senas de ese caballero, que fueron al punto transmitidas a todos los "detectives" del Reino Unido y del gobierno. Algunas buenas almas, y entre ellos Gualterio



La vuelta al mundo en 80 días



"Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que yo doy la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, sean mil novecientas veinte horas, o ciento quince mil doscientos minutos, ¿aceptáis?"

Por Julio Verne

Phileas Fogg había dejado su casa de Saville-Row a las once y media, y después de haber colocado quinientas setenta y cinco veces el pie derecho delante del izquierdo y quinientas setenta y seis veces el izquierdo delante del derecho, llegó al Reform-Club, vasto edificio levantado en Pall-Mall, cuyo coste de construcción no ha bajado de tres millones.

Phileas Fogg pasó inmediatamente al comedor, con sus nueve ventanas que daban a un jardín con árboles ya dorados por el otoño. Tomó asiento en la mesa de costumbre puesta ya para él. Su almuerzo se componía de un entremés, un pescado cocido sazonado por una "readins sauce" de primera elección, un "rosbif" escarlata de una torta rellena con tallos de ruibarbo y grosellas verdes, y de un pedazo de Chéster, rociado todo por algunas tazas de ese excelente té, que especialmente se cosecha para el servicio de Reform-Club.

A las doce y cuarenta y siete de la mañana, este gentlemen se levantó y se dirigió al gran salón, suntuoso aposento, adornado con pinturas colocadas en lujosos marcos. Allí un criado le entregó el "Times" con las hojas sin cortar, y Phileas Fogg se dedicó a desplegarlo con una seguridad tal, que denotaba desde luego la práctica más extremada en esta difícil operación. La lectura del periódico ocupó a Phileas Fogg hasta las tres y cuarenta y cinco, y la del "Standard", que sucedió a aquél, duró hasta la hora de la comida, que se llevó a efecto en iguales condiciones que el almuerzo, si bien con la añadidura de "royal british sauce".



Media hora más tarde, varios miembros del Reform-Club iban entrando y se acercaban a la chimenea encendida con carbón de piedra. Eran los compañeros habituales de juego de mister Phileas Fogg, decididamente aficionados al whist como él: el ingeniero Andrés Stuart, los banqueros John Sullivan y Samuel Falientin, el fabricante de cervezas Tomás Flanagan y Gualterio Ralph, uno de los administradores del Banco de Inglaterra, personajes ricos y considerados en aquel mismo club, que cuenta entre sus miembros las mayores notabilidades de la industria y de la banca.

–Decidme, Ralph –preguntó Tomás Flanagan–, ¿a qué altura se encuentra ese robo?

–Pues bien –respondió Andrés Stuart–, el Banco perderá su dinero.

–Al contrario –dijo Gualterio Ralph–, espero que se logrará echar mano al autor del robo. Se han enviado inspectores de policía de los más hábiles a todos los principales puertos de embarque y desembarque de América y Europa, y le será muy difícil a ese caballero poder escapar.

–Pero qué, ¿se conoce la filiación del ladrón? –preguntó Andrés Stuart.

–Ante todo, no es un ladrón –río Ralph con la mayor formalidad.

–Cómo, ¿no es un ladrón el individuo que sustrajo cincuenta y cinco mil libras en billetes de banco?

–No –respondió Gualterio Ralph.

–¿Es acaso un industrial? –dijo John Sullivan.

–El "Morning Chronicle" asegura que es un gentlemen.

El que daba esta respuesta, no era otro que Phileas Fogg, cuya cabeza descollaba entonces entre aquel mar de papel amontonado a su alrededor. Al mismo tiempo, Phileas Fogg saludó a sus compañeros, que le devolvieron la cortesía.

El suceso de que se trataba, y sobre el cual los diferentes periódicos del Reino Unido discutían acaloradamente, se había realizado tres días antes, el 29 de septiembre. Un legajo de billetes de banco que formaba la enorme cantidad de cincuenta y cinco mil libras, había sido sustraído de la mesa del cajero principal del Banco de Inglaterra.

A los que se admiraban de que un robo tan considerable hubiera podido realizarse con esa facilidad, el subgobernador Gualterio Ralph se limitaba a responder que en aquel mismo momento el cajero se ocupaba en el asiento de una entrada de tres chelines seis peniques, y que no se puede atender a todo.

Pero conviene hacer observar aquí –y esto da más fácil explicación al hecho– que el Banco de Inglaterra parece que se desvive por demostrar al público la alta idea que tiene de su dignidad. Ni hay guardianes, ni ordenanzas, ni redes de alambre. El oro, la plata, los billetes, están expuestos libremente, y, por decirlo así, a disposición del primero que llegue. En efecto, sería indigno sospechar en lo mínimo acerca de la caballerosidad de cualquier transeúnte. Tanto es así, que hasta se llega a referir el siguiente hecho por uno de los más notables observadores de las costumbres inglesas: En una de las salas del Banco en que se encontraba un día, tuvo curiosidad por ver de cerca una barra de oro de siete a ocho libras de peso que se encontraba expuesta en la mesa del cajero; para satisfacer aquel deseo, tomó la barra, la examinó, se la dio a su vecino, éste a otro, y así, pasando de mano en mano, la barra llegó hasta el final de un pasillo oscuro, tardando media hora en volver a su sitio primitivo, sin que durante este tiempo el cajero hubiera levantado siquiera la cabeza.

Sin embargo, el 29 de septiembre las cosas no sucedieron completamente del mismo modo. El legajo de billetes de banco no volvió, y cuando el magnífico reloj colocado encima del "drawing office" dio las cinco, la hora en que debía cerrarse el despacho, el Banco de Inglaterra no tenía más que recursos que asentar cincuenta y cinco mil libras en la cuenta de ganancias y de pérdidas.

Una vez reconocido el robo con toda formalidad, agentes "detectives" elegidos entre los más hábiles, fueron enviados a las puertos principales, a Liverpool a Glasgow, a Brindisi, a Nueva York, etc., bajo la promesa, en caso de éxito, de una prima de dos mil libras y el cinco por ciento de la suma que se recobrase. La misión de estos inspectores se reducía a observar escrupulosamente a todos los viajeros que se iban o que llegaban, hasta adquirir las noticias que pudieran suministrar las indagaciones inmediatamente emprendidas.

Y precisamente, según lo decía el "Moming Chronicle", había motivos para suponer que el autor del robo no formaba parte de ninguna de las sociedades de ladrones de Inglaterra. Se había observado que durante aquel día, 29 de septiembre, se paseaba por la sala de pagos, teatro del robo, un caballero bien portado, de buenos modales y aire distinguido. Las indagaciones habían permitido reunir con bastante exactitud las senas de ese caballero, que fueron al punto transmitidas a todos los "detectives" del Reino Unido y del gobierno. Algunas buenas almas, y entre ellos Gualterio Ralph, se creían con fundamento para esperar que el ladrón no se escaparía.

Como es fácil presumirlo, este suceso estaba a la orden del día en Londres y en toda Inglaterra. Se discutía y se tomaba parte en pro y en contra de las probabilidades de éxito en la policía metropolitana. Nadie extrañará, pues, que los miembros del Reform-Club tratasen la misma cuestión, con tanto más motivo cuanto que se hallaba entre ellos uno de los subgobernadores del banco.

El honorable Gualterio Ralph no quería dudar del resultado de las investigaciones, creyendo que la prima ofrecida debía avivar extraordinariamente el celo y la inteligencia de los agentes. Pero su colega Andrés Stuart distaba mucho de abrigar igual confianza. La discusión continuó por consiguiente entre aquellos caballeros que se habían sentado en la mesa de whist, Stuart delante de Fianagan, Falientin delante de Phileas Fogg. Durante el juego, los jugadores no hablaban, pero, entre los robos, la conversación interrumpida adquiría más animación.

–Sostengo –dijo Andrés Stuart– que la probabilidad está en favor del ladrón, que no puede dejar de ser un hombre sagaz.

–¡Quita allá! –respondió Gualterio Ralph–. Sólo hay un país en donde pueda refugiarse.

–¡Tendría que verse!

–¿Y adónde queréis que vaya?

–No lo sé –respondió Andrés Stuart–, pero me parece que la Tierra es muy grande.

–Antes sí lo era... –dijo a media voz Phileas Fogg; añadiendo después y presentando las cartas a Tomás Flanagan–: A vos os toca cortar.

La discusión se suspendió durante el robo. Pero no tardó en proseguirla Andrés Stuart, diciendo:

–¡Cómo que antes! ¿Acaso la Tierra ha disminuido?

–Sin duda que sí –respondió Gualterio Ralph–. Opino como mister Fogg. La Tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso de que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean más rápidas.

–Y que el ladrón se escape con más facilidad.

–Os toca jugar a vos –dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al concluirse la partida:

–Hay que reconocer que habéis encontrado un chistoso modo de decir que la Tierra se ha empequeñecido. De modo que ahora se le da vuelta en tres meses...

–En ochenta días tan sólo –dijo Phileas Fogg.

–En efecto, señores –añadió John Sullivan–, ochenta días, desde que la sección entre Rothal y Altahabad ha sido abierta en el Great Indican Peninsular Railway, y he aquí el cálculo establecido por el "Morning Chronicle".

De Londres a Suez por el Monte Cenis y Brindisi, ferrocarril y vapores: 7

De Suez a Bombay, vapores: 18

De Bombay a Calcuta, ferrocarril: 8

De Calcuta a Hong-Kong (China), vapores: 13

De Hong-Kong a Yokohama (Japón), vapor: 6

De Yokohama a San Francisco, vapor: 22

De San Francisco a Nueva York, ferrocarril: 7

De Nueva York a Londres, vapor y ferrocarril: 9

TOTAL: 80

–¡Sí, ochenta días! –exclamó Andrés Stuart, quien por inadvertencia cortó una carta mayor–. Pero eso sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

–Contando con todo –respondió Phileas Fogg siguiendo su juego, porque ya no respetaba la discusión el whist.

–¡Pero si los indios o los indostanes quitan las vías! –exclamó Andrés Stuart–; ¡si detienen los trenes, saquean los furgones y hacen tajadas a los viajeros!

–Contando con todo –respondió Phileas Fogg, que tendiendo su juego, añadió–: Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, a quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

–Teóricamente tenéis razón, señor Fogg; pero en la práctica...

–En la práctica también, señor Stuart.

–Quisiera verlo.

–Sólo depende de vos. Partamos juntos.

–¡Líbreme Dios! Pero bien, apostaría cuatro mil libras a que semejante viaje, hecho con esas condiciones, es imposible.

–Muy posible, por el contrario –respondió Fogg.

–Pues bien, hacedlo.

–¿La vuelta al mundo en ochenta días?

–Sí.

–No hay inconveniente.

–¿Cuándo?

–En seguida. Os prevengo solamente que lo haré a vuestra costa.

–¡Es una locura! –exclamó Andrés Stuart, que empezaba a resentirse por la insistencia de su compañero de juego–. Más vale que sigamos jugando.

–Entonces, volved a dar, porque lo habéis hecho mal.

Andrés Stuart recogió otra vez las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

–Pues bien, sí, mister Fogg, apuesto cuatro mil libras...

–Mi querido Stuart –dijo Fallentin–, calmaos. Esto no es formal.

–Cuando dije que apuesto –respondió Stuart–: es en formalidad.

–Aceptado –dijo Fogg: y luego, volviéndose hacia sus compañeros, añadió–: Tengo veinte mil libras depositadas en casa de Baring hermanos. De buena gana las arriesgaría.

–¡Veinte mil libras! –exclamó John Sullivan–. ¡Veinte mil libras, que cualquier tardanza imprevista os puede hacer perder!

–No existe lo imprevisto –respondió sencillamente Phileas Fogg.

–¡Pero, Mister Fogg, ese transcurso de ochenta días sólo está calculado como mínimo!

–Un mínimo bien empleado basta para todo.

–¡Pero a fin de aprovecharlo, es necesario saltar matemáticamente de los ferrocarriles a los vapores y de los vapores a los ferrocarriles!

–Saltaré matemáticamente.

–¡Es una broma!

–Un buen inglés no se chancea nunca cuando se trata de una cosa tan formal como una apuesta –respondió Phileas Fogg–. Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que yo doy la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, sean mil novecientas veinte horas, o ciento quince mil doscientos minutos, ¿aceptáis?

–Aceptamos –respondieron los señores Stuart, Falletín, Sullivan, Fianagan y Ralph después de haberse puesto de acuerdo.

–Bien –dijo Fogg. El tren de Douvres sale a las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

–¿Esta misma noche? –preguntó Stuart.

–Esta misma noche –respondió Phileas Fogg–. Por consiguiente –añadió consultando un calendario del bolsillo–: puesto que hoy es miércoles 2 de octubre deberé estar de vuelta en Londres, en este mismo salón del Reform-Club, el sábado 21 de diciembre a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, sin lo cual las veinte mil libras depositadas actualmente en la casa de Baring Hermanos os pertenecen de hecho y de derecho, señores. He aquí un cheque por esa suma.

Se levantó acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg había permanecido sereno. No había ciertamente apostado para ganar, y no había comprometido las veinte mil libras –mitad de su fortuna– sino porque preveía que tendría que gastar la otra mitad para llevar a buen fin ese difícil, por no decir inejecutable proyecto. En cuanto a sus adversarios, parecían conmovidos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenían reparo en luchar con ventaja.

Daban entonces las siete. Se ofreció a mister Fogg la suspensión del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

–¡Yo siempre estoy preparado! –respondió el impasible caballero; y dando las cartas, exclamó–: Vuelvo oros. A vos os toca salir, señor Stuart.

80 días



Ralph, se creían con fundamento para esperar que el ladrón no se escaparía.

Como es fácil presumirlo, este suceso estaba a la orden del día en Londres y en toda Inglaterra. Se discutía y se tomaba parte en pro y en contra de las probabilidades de éxito en la policía metropolitana. Nadie extrañará, pues, que los miembros del Reform-Club tratasen la misma cuestión, con tanto más motivo cuanto que se hallaba entre ellos uno de los subgobernadores del banco.

El honorable Gualterio Ralph no quería dudar del resultado de las investigaciones, creyendo que la prima ofrecida debía avivar extraordinariamente el celo y la inteligencia de los agentes. Pero su colega Andrés Stuart distaba mucho de abrigar igual confianza. La discusión continuó por consiguiente entre aquellos caballeros que se habían sentado en la mesa de whist, Stuart delante de Fianagan, Falientin delante de Phileas Fogg. Durante el juego, los jugadores no hablaban, pero, entre los robos, la conversación interrumpida adquiría más animación.

–Sostengo –dijo Andrés Stuart– que la probabilidad está en favor del ladrón, que no puede dejar de ser un hombre sagaz.

–¡Quita allá! –respondió Gualterio Ralph–. Sólo hay un país en donde pueda refugiarse.

–¡Tendría que verse!

–¿Y adónde queréis que vaya?

–No lo sé –respondió Andrés Stuart–, pero me parece que la Tierra es muy grande.

–Antes sí lo era... –dijo a media voz Phileas Fogg; añadiendo después y presentando las cartas a Tomás Flanagan–: A vos os toca cortar.

La discusión se suspendió durante el robo. Pero no tardó en proseguirla Andrés Stuart, diciendo:

–¡Cómo que antes! ¿Acaso la Tierra ha disminuido?

–Sin duda que sí –respondió Gualterio Ralph–. Opino como mister Fogg. La Tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace cien años. Y esto es lo que, en el caso de que nos ocupamos, hará que las pesquisas sean más rápidas.

–Y que el ladrón se escape con más facilidad.

–Os toca jugar a vos –dijo Phileas Fogg.

Pero el incrédulo Stuart no estaba convencido, y dijo al concluirse la partida:

–Hay que reconocer que habéis encontrado un chistoso modo de decir que la Tierra se ha empequeñecido. De modo que ahora se le da vuelta en tres meses:..

–En ochenta días tan sólo –dijo Phileas Fogg.

–En efecto, señores –añadió John Sullivan–, ochenta días, desde que la sección entre Rothal y Altahabad ha sido abierta en el Great Indican Peninsular Railway, y he aquí el cálculo establecido por el "Morning Chronicle".

De Londres a Suez por el Monte Cenis y Brindisi, ferrocarril y vapores: 7

De Suez a Bombay, vapores: 18

De Bombay a Calcuta, ferrocarril: 8

De Calcuta a Hong-Kong (China), vapores: 13

De Hong-Kong a Yokohama (Japón), vapor: 6

De Yokohama a San Francisco, vapor: 22

De San Francisco a Nueva York, ferrocarril: 7

De Nueva York a Londres, vapor y ferrocarril: 9

TOTAL: 80

–¡Sí, ochenta días! –exclamó Andrés Stuart, quien por inadvertencia cortó una carta mayor–. Pero eso sin tener en cuenta el mal tiempo, los vientos contrarios, los naufragios, los descarrilamientos, etc.

–Contando con todo –respondió Phileas Fogg siguiendo su juego, porque ya no respetaba la discusión el whist.

–¡Pero si los indios o los indostanes quitan las vías! –exclamó Andrés Stuart–; ¡si detienen los trenes, saquean los furgones y hacen tajadas a los viajeros!

–Contando con todo –respondió Phileas Fogg, que tendiendo su juego, añadió–: Dos triunfos mayores.

Andrés Stuart, a quien tocaba dar, recogió las cartas, diciendo:

–Teóricamente tenéis razón, señor Fogg; pero en la práctica...

–En la práctica también, señor Stuart.

–Quisiera verlo.

–Sólo depende de vos. Partamos juntos.

–¡Líbreme Dios! Pero bien, apostaría cuatro mil libras a que semejante viaje, hecho con esas condiciones, es imposible.

–Muy posible, por el contrario –respondió Fogg.

–Pues bien, hacedlo.

–¿La vuelta al mundo en ochenta días?

–Sí.

–No hay inconveniente.

–¿Cuándo?

–En seguida. Os prevengo solamente que lo haré a vuestra costa.

–¡Es una locura! –exclamó Andrés Stuart, que empezaba a resentirse por la insistencia de su compañero de juego–. Más vale que sigamos jugando.

–Entonces, volved a dar, porque lo habéis hecho mal.

Andrés Stuart recogió otra vez las cartas con mano febril, y de repente, dejándolas sobre la mesa, dijo:

–Pues bien, sí, mister Fogg, apuesto cuatro mil libras...

–Mi querido Stuart –dijo Fallentin–, calmaos. Esto no es formal.

–Cuando dije que apuesto –respondió Stuart–: es en formalidad.

–Aceptado –dijo Fogg: y luego, volviéndose hacia sus compañeros, añadió–: Tengo veinte mil libras depositadas en casa de Baring hermanos. De buena gana las arriesgaría.

–¡Veinte mil libras! –exclamó John Sullivan–. ¡Veinte mil libras, que cualquier tardanza imprevista os puede hacer perder!

–No existe lo imprevisto –respondió sencillamente Phileas Fogg.

–¡Pero, Mister Fogg, ese transcurso de ochenta días sólo está calculado como mínimo!

–Un mínimo bien empleado basta para todo.

–¡Pero a fin de aprovecharlo, es necesario saltar matemáticamente de los ferrocarriles a los vapores y de los vapores a los ferrocarriles!

–Saltaré matemáticamente.

–¡Es una broma!

–Un buen inglés no se chancea nunca cuando se trata de una cosa tan formal como una apuesta –respondió Phileas Fogg–. Apuesto veinte mil libras contra quien quiera a que yo doy la vuelta al mundo en ochenta días, o menos, sean mil novecientas veinte horas, o ciento quince mil doscientos minutos, ¿aceptáis?

–Aceptamos –respondieron los señores Stuart, Falletín, Sullivan, Fianagan y Ralph después de haberse puesto de acuerdo.

–Bien –dijo Fogg. El tren de Douvres sale a las ocho y cuarenta y cinco. Lo tomaré.

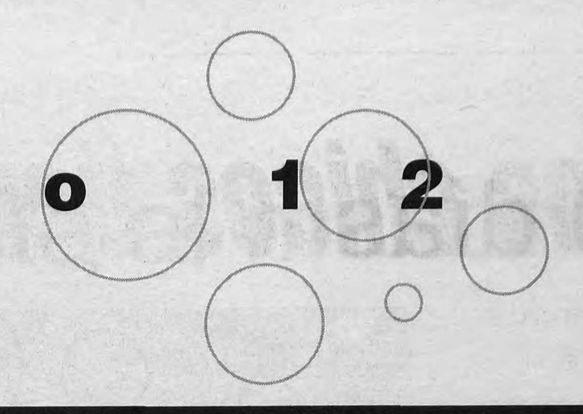
–¿Esta misma noche? –preguntó Stuart.

–Esta misma noche –respondió Phileas Fogg–. Por consiguiente –añadió consultando un calendario del bolsillo–: puesto que hoy es miércoles 2 de octubre deberé estar de vuelta en Londres, en este mismo salón del Reform-Club, el sábado 21 de diciembre a las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde, sin lo cual las veinte mil libras depositadas actualmente en la casa de Baring Hermanos os pertenecen de hecho y de derecho, señores. He aquí un cheque por esa suma.

Se levantó acta de la apuesta, firmando los seis interesados. Phileas Fogg había permanecido sereno. No había ciertamente apostado para ganar, y no había comprometido las veinte mil libras –mitad de su fortuna– sino porque preveía que tendría que gastar la otra mitad para llevar a buen fin ese difícil, por no decir inejecutable proyecto. En cuanto a sus adversarios, parecían conmovidos, no por el valor de la apuesta, sino porque tenían reparo en luchar con ventaja.

Daban entonces las siete. Se ofreció a mister Fogg la suspensión del juego para que pudiera hacer sus preparativos de marcha.

–¡Yo siempre estoy preparado! –respondió el impasible caballero; y dando las cartas, exclamó–: Vuelvo oros. A vos os toca salir, señor Stuart.●



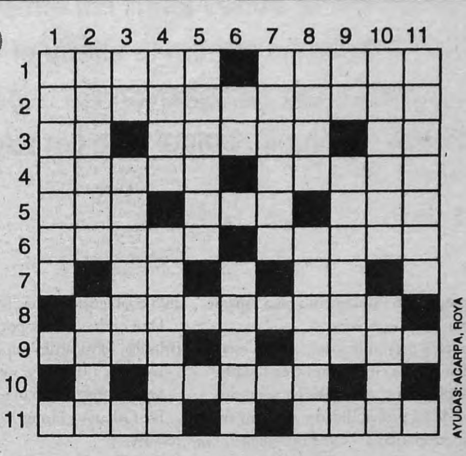
JUEGOS

CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

AFEITO
INACTIVO. PASIVO
ANTIGUAMENTE. NUDO
RIO DE ITALIA
HERRUMBRE
TACO DE HOJAS PARA ESCRIBIR
PENDENCIA. DISPUTA
ESFERA CELESTE
ATAR, AMARRAR
DEIDAD FEMENINA
PRODUCIR SONIDOS
SOLICITÉ
DISTRAÍDOS
DE LA FORMACIÓN DE MONTAÑAS
BOVINO TIBETANO
MATRICULA DE SIRIA
OPOSICIÓN, REPARO
ELUDIDA EVITADA
QUE CONTIENEN YESO
POSTULADO
EN QUÉ CANTIDAD
(MAX) BOXEADOR
ALJABA
ABORREZCA
ALTARES
ESPOSO DE JEZABEL
(JUAN ... DE SOLIS) NAVEGANTE ESPAÑOL
CULMINACIÓN MUSICAL
OPERA DE VERDI
OCURRIR AL MISMO TIEMPO
(MANUEL DE) VIRREY DEL PERÚ
PERCIBIDA CON EL OÍDO
VÍSCERA HUMANA
NEOCATÓLICAS

CLASICO



HORIZONTALES

1. Cocinada a las brasas./ Calor grande.
2. Nota dirigida a la persona a quien se dedica una obra.
3. Abreviatura de ídem./ (Juan de-) Fundador de Buenos Aires en 1580./ Iniciales de la actriz Schneider.
4. Imponer pena./ Movía alguna cosa con ímpetu.
5. Metal precioso./ Partido Comunista Argentino./ Símbolo del radián.
6. Beba aspirando./ Nombre de mujer.
7. Apócope de mamá./ Radón.
8. Conducían.
9. Fruto del peral./ Licor de Oriente.
10. Nylon, fibra sintética.
11. Grado inicial de la escala de las fuerzas armadas./ Fruto delicado.

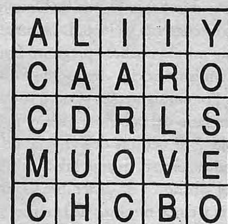
VERTICALES

1. Grasienta.
2. Vendedor de sedas./ (La) Ciudad sagrada de los mahometanos.
3. Prefijo: junto a./ Amoldar, regir.
4. Exprese con palabras./ Plátano.
5. Que no da frutos (fem.).
6. Argón./ Interjección de deseo.
7. Especie de tambor.
8. Honguillo parásito de varios cereales./ De la ciudad.
9. Abreviatura de doctor./ Cantar los pájaros.
10. Percibirías los sonidos./ Ninguna cosa.
11. Igualadas con el rasero.

EXTRACCION

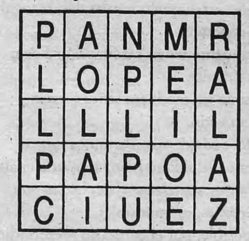
Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1. Condimentos



A	L	I	I	Y
C	A	A	R	O
C	D	R	L	S
M	U	O	V	E
C	H	C	B	O

2. Dibujo



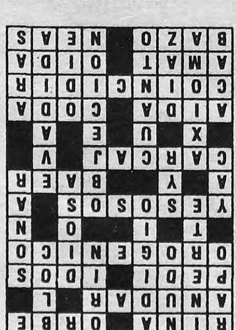
P	A	N	M	R
L	O	P	E	A
L	L	L	I	L
P	A	P	O	A
C	I	U	E	Z

3. Películas musicales

O	O	N	S	O
T	A	M	L	E
A	T	L	B	Y
S	U	M	I	O
D	N	E	M	A

SOLUCIONES

CRUCI-CLIP



EXTRACCION

1. Condimentos
Adobo, chile, clavo, macis, curry.
2. Dibujo
Papel, lápiz, línea, pluma, color.
3. Películas musicales
Otelo, Tommy, Annie, Salsa, Dumbo.

CLASICO

